

PERSECUCION QUE UNE A LA IGLESIA



Ayer procesionaban por las calles céntricas de San Salvador más de medio millar de sacerdotes y religiosas de toda la República, pero sobre todo de la arquidiócesis de San Salvador. Durante tres horas procesionaron en estricto silencio, sólo interrumpido por dos breves homilias en los atrios de El Calvario y de El Rosario. La procesión iba precedida por una cruz, tras la que cinco sacerdotes portaban una manta en que se leía "Basta ya". Había sido convocada con la aprobación de Mons. Romero, consultado desde México, como acto de desagravio por el asesinato del Padre Octavio ~~Ortiz~~^{Ortiz} y de sus cuatro compañeros al noveno día de su martirio.

Tal procesión representa una importante novedad en la historia de la Iglesia en El Salvador. Por primera vez prácticamente todos los sacerdotes de la arquidiócesis y la casi la totalidad de las religiosas salían a la calle para mostrar públicamente su posición ante los hechos represivos que el Gobierno comete, propicia o tolera contra la Iglesia. Lo que se había expresado en el comunicado de la arquidiócesis a raíz del asesinato del Padre ~~Ortiz~~^{Ortiz}, tomaba vida y presencia corporal en esa silenciosa procesión, en la que a la protesta muda de la Iglesia respondía el resonante silencio respetuoso del pueblo acompañante.

Pero más allá de esta novedad, más allá de esta presencia valiente de la Iglesia están las profundas lecciones que todos deben sacar de esta marcha silenciosa.

La primera lección es la unidad de la Iglesia. En la procesión no marchaban unos pocos jóvenes fanáticos o una minoría de sacerdotes avanzados, como equivocadamente pensarían nuestras autoridades y nuestros oligarcas. Con unas pocas excepciones de gentes que no sienten con la Iglesia, estaban sacerdotes que iban desde los ochenta años hasta los veintitantos, estaban nacionales y extranjeros, seculares y religiosos sin distinción ni discrepancia alguna. Estaban las religiosas, las que enseñan en los colegios más selectos y las que trabajan en las barriadas y los cantones más olvidados. Estaban intelectuales y activistas, pastores y administradores. Estaban todos y estaban unidos.

Dos cosas les unían: una misma fe y comprensión de la Iglesia y una misma persecución. No hubiera bastado la persecución sino que hacía falta una misma fe cristiana y una común comprensión de cuál es



la misión actual de la Iglesia, una Iglesia que ha entendido cómo debe estar con los pobres y cómo no es posible una predicación de la fe en nuestro país sin una vigorosa promoción de la justicia y de los derechos humanos. Pero esa fe y esa comprensión de la misión de la Iglesia es también fruto de la persecución. Los perseguidores de la Iglesia no saben lo que hacen: quisieron dividirla, quisieron aplastarla, quisieron atemorizarla. Ayer verían que no es posible, ayer comprobarían que su persecución es persecución a la Iglesia, porque como fruto de la persecución se ha visto la Iglesia robustecida, reunida, transfigurada. Ayer se volvió a escuchar en el silencio de la procesión la profecía de Jesús: bienaventurados cuando les persigan y digan ~~todo~~ toda suerte de disparates contra Vds.; así lo han hecho siempre con los profetas.

La segunda lección es el carácter estrictamente cristiano de esta Iglesia renovada. Lo que hacían sacerdotes y religiosas era un acto de fe, que culminó en una triunfal y esperanzadora eucaristía. Sólo se oyeron palabras de fe. Y sólo hubo comportamientos cristianos. No se anatematizó a nadie, no se pidió venganza, no se predicó odio ni lucha de clases. Era el siervo de Yahvé el que discurría por las calles capitalinas:

Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu,
para que traiga el derecho a las naciones.
No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará.
Promoverá fielmente el derecho,
no vacilará ni se quebrará,
hasta implementar el derecho en la tierra
y sus leyes que esperan las islas (Isaías, 42,1-4).

Y, sin embargo, tercera lección, la procesión de ayer como la del siervo de Yahvé era para reclamar justicia, para pedir que se haga justicia a los derechos del pueblo. Sólo en este contexto se pedían responsabilidades a los cuerpos de seguridad y al Gobierno. Lo que pasó en San Antonio Abad no es sino un signo más, una prue-



ba más de que no hay derecho ni justicia en el país, que la injusticia violenta a las mayorías y que cuando estas mayorías quieren hacer oír su voz o prepararse para pesar en la política del país son reprimidas por métodos bárbaros e irracionales. Por eso el pueblo seguía con tanto respeto la procesión, veía que la Iglesia estaba con él y confesaba que él estaban con la Iglesia. No estaban las multitudes que acompañan estos días al Papa, pero es que no se había querido por el momento hacer ~~fx~~ gestos multitudinarios. Pero estaba el pueblo que comprendía y aplaudía.

Apoyados en la fe, en la unidad de la Iglesia, en la justicia de la causa y en el apoyo del pueblo, La Iglesia volvió a afirmar ayer que no va a ceder, que no la van a apartar de su compromiso en favor de la justicia y de los oprimidos. Cuando el papá del sacerdote muerto leía con humildad pero con gran seguridad la primera lectura de la Misa, un escalofrío recorrió la catedral: a este pueblo y a esta Iglesia los poderes del infierno no los van a doblegar. Tienen la promesa de Jesucristo: los poderes del infierno no prevalecerán. Podrán seguir cobrando víctimas, podrán seguir haciendo mártires. Pero surgirán nuevos luchadores y nuevos profetas. Que no se engañen los perseguidores de la Iglesia, que en sus tomas de televisión y en sus fotografías mediten cómo ha crecido la unidad de la Iglesia, cómo han robustecido su fe y su compromiso. Lo que hace unos pocos años tenía poca fuerza, se ha convertido hoy en el mayor de los arbustos: se ha robustecido el cuerpo presbiteral, se ha robustecido el cuerpo religioso. En América Latina y en el mundo tenemos nombre, tenemos respaldo. Otros veintitrés congresistas norteamericanos piden para Mons. Romero el premio Nobel de la Paz.

Es esta la lección definitiva de la procesión de ayer. Una ingente esperanza sobrevolaba ayer por las calles de San Salvador. La plaza Libertad escuchaba atónita la alabanza de María y la alabanza del pueblo doliente. Los sacerdotes y religiosos que avanzaban de cuatro en cuatro se sentían apoyados y animados por aquella fila vacía de los cuatro sacerdotes que no pudieron asistir porque los habían matado. Pero sin su muerte y sin su martirio no se hubieran hecho presentes en las calles de San Salvador aquellas otras filas, que seguirán prolongándose sin término.